

Operación Masacre, ese libro

Lucrecia Gringauz

Universidad Nacional de San Martín /
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

Resumen

El presente escrito se propone un análisis de las distintas ediciones del libro *Operación Masacre*, de Rodolfo Walsh, intentando rastrear, a partir de las modificaciones paratextuales de una a otra, los cambios en la mirada y en el posicionamiento del autor respecto de la historia narrada.

Palabras clave: Walsh, militancia, paratextos.

¿Qué hubiera sucedido si *Operación Masacre* hubiera redundado en el esclarecimiento de los fusilamientos de José León Suárez de 1956? (1). Posiblemente, todo lo que vino después hubiera sido diferente. Pero ¿cuánto abarca ese todo? ¿La obra de Rodolfo Walsh? ¿Su militancia? ¿Su asesinato?

Si la extraordinaria historia del “fusilado que vive”, hubiese conllevado el juicio de los culpables, o al menos el reconocimiento de la existencia del crimen, *Operación Masacre* sería hoy otro libro, aunque fuera el mismo. Con certeza, su constante reescritura no habría implicado una especie de obsesión permanente para el autor, ni sería testimonio de su paulatina transformación desde su condición de periodista convencido de la importancia de recuperar la justicia perdida, hasta la de luchador abocado a subvertir el orden establecido.

Walsh había desembarcado en la literatura a partir de la corrección, la traducción y la escritura de relatos policiales. En *Variaciones en rojo* (1953), había creado la figura de Daniel Hernández, investigador capaz de desentrañar enigmas a partir de un saber y una capacidad deductiva mayores que la de los agentes institucionales convencionales. Cual Holmes vernáculo, Hernández guiaría siempre los periplos –narrativos e investigativos– de Walsh. La dinámica y el formato de las obras walshianas nunca se desprendieron de las influencias del policial: impera en ellas la presunción de que el desciframiento del caso conduce a la solución del enigma, y a la recuperación del equilibrio. Como en toda obra representativa del género hay entonces en *Operación Masacre* dos relatos interconectados: el de la historia de un crimen y el de la investigación que lleva a su esclarecimiento (2). Pero en este caso el detective –encarnado en la figura del propio Walsh periodista– escoge ubicarse en los márgenes para dejar todo el espacio protagónico al relato de los hechos que configuran a las víctimas y a los victimarios (3). Así, es en los paratextos donde se cuenta la historia de Walsh, la otra historia narrada en el libro. Prólogos y epílogos cumplen una importante función en todos los textos de no-ficción, en tanto que postulan el carácter de constructo del relato, a la vez

que declaman la naturaleza factual de lo narrado y dan voz a la figura del narrador-periodista-detective. Veremos en los párrafos siguientes de qué manera, en *Operación Masacre*, las modificaciones en los paratextos van trazando, en cada edición del libro, líneas interpretativas distintas, a partir de los cambios de posicionamiento de Walsh frente a lo relatado/ocurrido.

Operación Masacre fue un texto publicado por entregas en los diarios *Propósito* y *Revolución Nacional*, y en la revista *Mayoría*, entre diciembre de 1956 y julio de 1957, antes de adquirir su formato libresco, en diciembre de ese año. Desde ese momento, las siguientes siete ediciones fueron revisadas y retocadas por Walsh. La novena edición, de 1984, salió al mercado siete años después de su asesinato y al cabo de diez años de censura de la obra. La última, de diciembre de 2008, fue la trigésimo séptima.

Mientras que el cuerpo principal del libro ha permanecido prácticamente inalterado de una edición a otra; los epílogos, prólogos, introducciones y anexos fueron modificados una y otra vez, en función de los avances o retrocesos en el reconocimiento y esclarecimiento de los asesinatos y del paulatino viraje en la mirada del autor sobre la causa, progresivamente convertida en su causa (4).

Una de las transformaciones más notable se advierte en la segunda edición, de 1964. En la versión primigenia, Walsh se ocupaba de destacar, en la "Introducción", los motivos y objetivos de la investigación. Su lugar allí era el de espectador casi involuntario de una historia cinematográfica, que se empeñaba en desenvolverse ante sus sentidos. Su deber como periodista y como ciudadano, lo compelió a investigar. No había allí militancia ni posicionamientos políticos (Walsh advierte, incluso, que no es ni piensa ser peronista, y que hubo un tiempo en que creyó en las potestades libertadoras de la Revolución, a la que aún le reconoce la restitución de un espacio –inexistente durante el gobierno de Perón– para la difusión de su trabajo). No es el suceso político sino el acontecimiento policial el que motiva su interés: los asesinatos, no los fusilamientos. El crimen debe ser desenmascarado para que los culpables sean juzgados por las instituciones correspondientes. La verdad debe ser revelada, por peligrosa que sea. Y Walsh cree firmemente aún en los efectos de tal revelación. En el "Provisorio epílogo" abogaba, en esa primera edición, por la remoción del Jefe de policía de Buenos Aires como condición de posibilidad para la recuperación de un estado de paz que "solo un débil mental puede no desear".

Para 1964, cuando se publica la segunda edición, Desiderio Fernández Suárez no solo no ha sido inculcado, sino que ha sido promovido. Walsh expone, en el nuevo "Epílogo", su derrotero. Y sobre todo, advierte que ha perdido la ilusión: verdad, justicia y paz no son etapas consecutivas, acaso ni siquiera momentos de un mismo proceso, ni aun cuando el Gobierno está en manos de representantes elegidos por voluntad ciudadana. Walsh duda de si volvería a escribir la historia. Y probablemente no podría hacerlo, pues ya no es el mismo investigador en busca de reparación del orden perdido. La idea de un nuevo orden posible tiñe su mirada: la revolución cubana instaura un nuevo horizonte de posibilidades que Walsh ha ido a conocer por sí mismo.

Paulatinamente, las personas, los hechos y las evidencias de la historia, pasan a formar parte de una trama diferente, cuyo eje es la reivindicación de las luchas de las personas comunes (las primeras víctimas, inocentes, de las revoluciones, como señala Walsh), que viven trabajando y mueren puteando, que no consiguen captar la atención de los grandes titulares ni obtienen justicia en los excelsos tribunales. Y en esa trama, el peronismo se irá convirtiendo para Walsh en una variable explicativa válida para dar cuenta de las pugnas que estructuran la dinámica social y política en el país. Desiderio Fernández Suárez ya no es más que un engranaje de un mecanismo nefasto. Su reemplazo no ofrece alternativas reales. La oligarquía dominante pretenderá imponerse por todos los medios sobre el pueblo oprimido, en dictadura tanto como en democracia. Porque, como declara Walsh en el agregado al epílogo de la tercera edición de 1969, “dentro del sistema no hay justicia”. Por eso, ya no es necesario incluir declamaciones y peticiones. La futilidad de pedir resarcimiento para las víctimas o castigo para los culpables se hace explícita, mientras los hechos hablan por sí mismos (5).

Luego habrá una cuarta edición, en 1972, en la que Walsh cambia el “Retrato de la oligarquía dominante” por un nuevo capítulo: “Aramburu y el juicio histórico”. Curiosamente, lo hace integrar la tercera parte del libro, “La evidencia”. De ese modo, por una parte está colocando al asesinato de Aramburu en calidad de gesto probatorio de la injusticia cometida en el basural de José León Suárez; y por otro lado, está poniendo en pie de igualdad la decisión tomada por el tribunal revolucionario ejecutor de Aramburu y las declaraciones –condenatorias y exculpatorias– volcadas en expedientes y documentos oficiales por las instituciones que imparten justicia bajo la órbita del Estado. Si la justicia ya estaba, en el ideario walshiano, claramente alejada de los tribunales, ahora es la legitimidad la que se presenta como definitivamente escindida del ámbito de lo legal.

La octava edición, de 1973, incluye la versión cinematográfica de *Operación Masacre* (filmada por Jorge Cedrón dos años antes), transcribiendo el parlamento final de la película, a cargo de Julio Troxler. Así, el film se convierte en otro elemento paratextual del libro, volviendo a modificar las líneas interpretativas y las cadenas argumentativas propuestas por el autor para leer la historia que viene contando desde hace más de quince años. Una vez más, el libro pasa a hablar de otra cosa, aun cuando mantenga idénticos sus textos. Con la militancia y la lucha armada en el centro de la vida de su autor, los hechos denunciados se convierten en hito ejemplar de la resistencia del pueblo, en el marco de un sinuoso y multidimensional proceso de tiempos largos y formas diversas, modelado en las últimas décadas de la convulsionada escena política nacional a imagen y semejanza del peronismo. La resistencia popular ocupa un lugar protagónico en la historia (y en la Historia), pues la oportunidad de redención sigue allí, de la mano de la revolución y del socialismo.

Si en la primera edición de *Operación Masacre* Walsh dudaba del involucramiento de las víctimas con el levantamiento de Valle, más tarde serán “los hechos” (la irrupción violenta del estado en la vida familiar, cotidiana de los personajes), los que convertirán a los protagonistas en luchadores espontáneos, acaso

involuntarios. Su posición de avasallados y oprimidos los colocará en la palestra, aunque sigan siendo los inocentes Benavidez, Rodríguez, Garibotti, Giunta o Brion, que Walsh describía en 1957.

La edición publicada en 1984 incorpora la famosa "Carta abierta de un escritor a la junta militar", el último texto de Walsh antes de caer en manos de sus asesinos. Esta inclusión, por supuesto, vuelve a transformar la *Operación Masacre* que conocíamos. Pues la carta se ubica como cierre del libro, como punto culminante de la masacre que ahora se ha cobrado la vida del investigador (que ya no es un periodista sino un militante). Las víctimas de 1956 se articulan esta vez con las de los setenta, formando parte de un mismo y único proceso de resistencia, denuncia y aniquilamiento.

Los fusilados en José León Suárez ocupaban, desde la primera versión del libro, el centro del relato, en su carácter de víctimas. Pero de una a otra edición se fueron convirtiendo progresivamente en peronistas, en oprimidos, en clase destinada a la larga lucha por la patria socialista y, al final, en vencidos. A partir de la reedición de 1984, a los caídos se agrega Walsh, solo que él mantiene el espacio y la voz para la denuncia. Siempre desde el lugar que él ha elegido, desde los márgenes.

Notas

- 1) Empleo en este trabajo la trigésimo séptima edición de *Operación masacre*, de Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2008.
- 2) Si bien se enfatizan aquí los vínculos de *Operación Masacre* con la novela policial, esto no significa que no se considere a la obra de Walsh como exponente del género *non-fiction*. La no ficción "se juega en el cruce de dos imposibilidades: la de mostrarse como una ficción, puesto que los hechos ocurrieron y el lector lo sabe y, por otra parte, la imposibilidad de mostrarse como un espejo fiel de esos hechos" (Amar Sánchez, 1992: 19). La resolución de la tensión entre lo ficcional y lo real se da en la *non-fiction* a través de la explicitación de la labor, necesariamente artificiosa, de montaje de los testimonios y compaginación de la historia, pero bajo el imperativo de reconstrucción de una verdad. En ese sentido, y siguiendo a Amar Sánchez: "el discurso no ficcional exige una lectura que ponga el acento simultáneamente en su condición de relato y de testimonio periodístico" (Amar Sánchez, 1992: 36).
- 3) Otro desplazamiento respecto del policial tiene que ver, precisamente, con quiénes son las víctimas y quiénes los victimarios. De acuerdo con Ferro: "las hipótesis de Walsh trastornan los códigos narrativos de la literatura policial: si el crimen es oficial, el culpable es alguien que forma parte del Estado; ello exige una serie de desplazamientos sobre la pareja culpable/víctima que implican una modificación sustancial: los culpables representan la ley y la víctima entra en la difusa bruma de la sospecha" (Ferro, 1999: 133).
- 4) La obra se inicia con una introducción o prólogo y se cierra con un epílogo, en todos los casos. El cuerpo central del relato se estructura en tres partes: "Las personas", "Los hechos" y "La evidencia". En la primera sección, breves relatos biográficos de cada una de las víctimas se articulan en torno de fugaces escenas cotidianas. Muchas cosas podrían mencionarse acerca del modo en que Walsh construye sus protagonistas; pero la cuestión excede este abordaje. La segunda parte se aboca a "Los hechos", que podrían resumirse como la descripción del modo en que el Estado interviene violentamente sobre la vida cotidiana y los cuerpos de esos sujetos que habían sido introducidos al lector en el apartado anterior (Walsh produce un cambio dentro de esta segunda parte en la tercera edición del libro, cuando suprime el capítulo 23, "La matanza"). La tercera parte, "La evidencia", expone la carga documental y probatoria que sustenta el carácter de denuncia que Walsh imprime a la investigación. Llamativamente, los epílogos de cada edición son incluidos como un capítulo más de "La evidencia".
- 5) En esa tercera edición, de 1969, la cita que abría el libro, *A rain of blood has blinded my eyes... And I wonder in a land of barren boughs*, de Thomas S. Eliot, es reemplazada por un tramo de la declaración testimonial del Comisario Inspector Rodolfo Rodríguez

Moreno: "Agrega el declarante que la comisión encomendada era terriblemente ingrata para el que habla, pues salía de todas las funciones específicas de la policía".

Bibliografía

Amar Sánchez, A. M., *El relato de los hechos. Rodolfo Walsh: testimonio y escritura*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo Editora, 1992

Ferro, R. "La literatura en el banquillo. Walsh y la fuerza del testimonio", en Susana Cella (dir. del volumen), *La irrupción de la crítica*, Volumen 10, en Noé Jitrik (dir. de la obra) *Historia Crítica de la Literatura Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1999.